

Permítanme contarles la historia de cuando el visitante conoció el pueblo de Farfalla. Comenzó cuando la gata —esa de forma singular— lo despertó con un *tap tap* en la cara. Antes de incorporarse, intentó acariciarla, pero una voz lo detuvo.

—No hables con ella.

El visitante miró alrededor, pero no había nadie más que la felina y un mapache que revolvía una bolsa de basura.

—Ella no es lo que parece —dijo el mapache.

El visitante se refregó los ojos y volvió a mirar al animal, que ahora sostenía una lata aplastada.

—Sabés hablar.

—Obvio. Todos hablamos en Farfalla —le dijo el mapache mientras masticaba la lata. Una cucaracha asomó desde el agujero.

—¿Quién sos?

—Un mapache, como verás, ¿y vos?

—No me acuerdo. No sé cómo llegué acá —dijo el visitante—. ¿Sabés quién puede ayudarme?

La gata los miraba mientras se lamía una pata. El mapache le arrojó la lata y ella huyó por la cornisa, murmurando algo ininteligible. El mapache volteó para mirarse la cola, luego devolvió su atención al visitante.

—El mago de la fantasía y el baile podría ayudarte. Seguime.

El visitante lo siguió por calles atestadas de gente; cada persona parecía hablar sola. El mapache le señaló una puerta de madera, saludó y se zambulló en un tacho de basura. La cucaracha fue tras él.

El visitante entró en una sala llena de bibliotecas y estantes con pociones. Detrás de un mostrador, un hombre de barba bailaba dando saltos.

—Me dijeron que podías ayudarme.

—Dígame —dijo el mago sin dejar de saltar.

—No recuerdo nada, no sé quién soy, ni cómo llegué a acá.

—Asunto sencillo. Lo consultaré con mis bolas.

El mago sacó debajo del mostrador dos esferas de cristal.

—Una dice el pasado; la otra, el futuro.

—Me gustaría ver el pasado.

La esfera de la izquierda reveló al visitante dormido en la calle, con una gata tocándole la cara y un mapache revolviendo basura.

—Esto pasó hace unos minutos —dijo el visitante.

—Es lo máximo a lo que llegan mis bolas. Deberías haber venido antes.

—Creo que no me sirve, ¿Sabés quién más podría ayudarme a recuperar la memoria?

—Podrías ir con mi amigo, el brujo oscuro.

—¿Dónde lo encuentro?

—Vos sabés.

El mago le señaló la bola derecha y el visitante vio ahí sus próximos cinco minutos: se adentraría en las penumbras de un callejón y levantaría la tapa de una alcantarilla. Salió al encuentro de su destino y, en una guarida subterránea de la que emanaba un sonido gutural, halló al Brujo Oscuro. Tenía el pelo largo y la cara esquelética.

—Nĩ hão —le dijo al visitante.

—Hola.

—¿No sabés chino?

—No.

—Qué pena. ¿Cómo puedo ayudarte?

—Me gustaría saber quién soy y de dónde vengo.

—La solución está en comer estos hongos siniestros. Están frescos y recién cosechados por el druida de los hongos siniestros.

—¿Existe otra alternativa? —dijo el visitante, reticente a aceptar la oferta.

—Podrías probar suerte en el infierno.

—No suena prometedor.

—Ah, pero no es un infierno terrible, es un infierno pequeño. Está hacia el oeste —dijo el brujo, señalando en una dirección.

El visitante caminó durante horas hasta un cartel de neón donde parpadeaba, en cursiva, la palabra *Infiernito*. Tuvo que agachar la cabeza para cruzar la puerta diminuta y respiró aliviado al notar que solo era el nombre de un bar.

—Bienvenido, ¿lo de siempre? —preguntó la mujer detrás de la barra.

—Nunca vine acá.

—No importa, hay sólo vino, así que eso es lo de siempre —contestó un hombre vestido de rosa.

—Lo de siempre ja—ja—ja —rio una mujer con bigote.

—Yo soy el marinero satánico y ella el súcubo Mandy —dijo el hombre rosa— ¿vos?

—Sinceramente no me acuerdo. ¿Estoy en el infierno?

—Es sólo el nombre del bar —dijo la mujer de la barra, mientras se acomodaba el pelo y dejaba ver un par de cuernos rojos—. ¿Querés vino?

—Gracias. Pero estoy buscando respuestas.

—El vino es la respuesta.

—Me gustaría saber de dónde vengo, en realidad.

La cantinera sacó una caja llena de objetos brillantes que el visitante observó con preocupación, temiendo que sean elementos de tortura. La súcubo le acercó un papel que parecía un contrato. El marinero le clavaba la mirada en los pies. Un hombre poseído caminaba hacia atrás con los ojos en blanco, y una gata magenta de tres ojos le ofrecía calaveras. El visitante apuró la copa, saludó a los demonios y se apresuró hacia la salida.

—Un paseo en barco te puede ayudar a recordar, podés encontrarme en el puerto.

El visitante abandonó el lugar con más dudas que antes. Antes de dar el primer paso, un chorro de agua le empapó la cara. Miró a los costados y vio a un sacerdote con una botella.

—¿Era necesario? —le preguntó el visitante, sacudiéndose el pelo.

—No es suficiente para los que visitan el infierno. Tendrás que confesarte. —le dijo el cura, que seguía salpicando agua bendita.

—No tengo nada para confesar porque no me acuerdo de nada.

—Entonces tendrás que ir a la misa. No, no, no alcanza con eso. Quizás tengas que visitar al ángel. Está cerca de la parroquia.

El visitante caminó hasta la plaza de Farfalla donde supuso que estaría la iglesia. Sólo vio a una mujer.

—Estoy buscando a un ángel —le dijo el visitante.

—Ah, debo ser yo. En realidad soy un hada, me confunden con un ángel por mi nombre.

—Entiendo. ¿Las hadas cumplen deseos?

—Algunos. ¿Tu deseo es polvo de estrellas?

—No creo. Mi deseo es saber quién soy, y de dónde vengo. ¿Ese polvo me puede ayudar?

—Sí, seguro. El polvo de estrellas funciona para todo.

El hada sacó arcilla de colores de una bolsa y la frotó en la cara del visitante.

—¿Y ahora, cómo te sentís?

—Sigo sin recordar nada.

—¡Pero te ves mejor!

El arcoíris dibujado en la cara del visitante enmascaró su gesto de cansancio y frustración. Caminó sin rumbo hasta divisar el mar, y siguiendo la playa, encontró el puerto, que más que puerto era un muelle.

—Pensé que eran barcos —le dijo el visitante al marinero satánico.

—Ah, les decimos así a los botes. Ese es *ship* 1, ese otro *ship* 2, ese otro...

—¿Y de quienes son?

—De todos los de Farfalla.

—¿Puedo usar uno?

—No, son para dos.

—Pero entra una sola persona.

—Los *ships* sólo funcionan de a dos. Bueno a veces de a tres, pero es más complicado.

—Entiendo...

Un hombre barbudo con una remera azul y amarilla subió a una de las barcas. El visitante preguntó si podía acompañarlo, pero el hombre respondió que aguardaba a otra persona. Vio llegar al mago de la fantasía y el baile dando saltos, al brujo oscuro hablando en chino, a la súcubo repartiendo contratos, al hada arrojando polvo de estrellas, al mapache, la cucaracha y hasta a la gata de forma extraña. Todos esperaban a alguien más para subirse a sus barcos.

El visitante se quedó meditando frente a la costa. Dio un salto cuando vio emerger un cocodrilo.

—Tranquilo. No muerdo. No a vos. No por ahora. Aunque quizás sí. Pero en un rato.

—Otro animal que habla.

—Sería extraño que no lo hiciera. ¿Vas a navegar por el río?

—Creí que era el mar. El agua es salada.

—Es que es un río de lágrimas.

El cocodrilo miró con apetito a un carpincho que salía de darse un baño. Pero se arrepintió y volvió al agua. El visitante se acercó, esperando una respuesta.

—Disculpá, estoy perdido, no sé quien soy ni de dónde vengo.

El carpincho tosió; no respondió. El visitante se encogió de hombros y siguió caminando por la playa, hasta notar que el carpincho lo seguía.

—¿Qué querés? Sos el único animal de acá que no puede hablar.

El carpincho tosió varias veces hasta desplomarse ahogado. El visitante le apretó la panza y el roedor escupió un dado de veinte caras.

—Gracias —le dijo el carpincho—, es lo que me pasa cuando no tomo mate. Lo que quería decirte es que capaz la coneja con cuernos pueda ayudarte, o capaz la damán, la gata magenta de tres ojos o la gata... no, no no vayas con aquella que tiene forma de gata. En realidad es una bruja que practica magia oscura.

—¿Alguien que no sea un animal, un demonio, un brujo o un hada?

—Está el padre Facundo...

—No tuve suerte con él.

—El restorán entonces. Todos comemos ahí.

El visitante llegó al local. El menú, escrito en una pizarra negra, decía: "Sólo ravioles, sanguches y ensaladas". En las mesas había personas y animales; en un escenario, una mujer cantaba en soledad e invitaba a los comensales a entonar canciones sin sentido. El visitante se sentó en una de las mesas vacías y lo atendió una camarera.

—Hola, tonoto.

—No sé cual es mi nombre.

—Sos tonoto.

—Me gustaría saber cómo volver. Perdí la memoria y...

—¿Querés un panchito?

—No sé, acá los animales hablan y...

—Son de soja —dijo, guiñando un ojo.

—No tengo hambre, pero necesito ayuda.

La mujer afiló una cuchilla y el visitante salió del lugar sin decir más nada.

Sus pasos lo llevaron a un sector de calles diagonales, un centro comercial dedicado por completo a la venta de gallinas. Una mujer pegaba afiches en cada negocio: “No se metan con mis hijos”, se leía. Los comerciantes y la mujer discutían, incluso, algunas gallinas y gallos decidieron compartir las opiniones sobre su propia venta. El visitante decidió no inmiscuirse en un asunto tan delicado.

Una canción lo distrajo del conflicto. Era un bardo que cantaba en el cruce de dos diagonales.

—Hola. Estoy buscando recordar quién soy —le dijo el visitante.

—¡Sé vos, no más, que al mundo salvarás!

—Es que no recuerdo nada.

—¡Estás perdido porque el mundo te hizo así, no podés cambiar!

—Me estoy cansando un poco de esto.

—¡Asusta un poco verte así!

—Adiós.

—¡Podés cambiar el Sol y esconderte si no quieres verme!

La infructuosa interacción con el bardo sirvió para que la palabra sol entrara en la mente del visitante que, hasta ahora, no había mirado el cielo. Cuando volteó los ojos hacia arriba, notó que no había nada. No había nubes. No era celeste, ni gris. No había sol, ni estrellas, ni luna. Dejó de lado la búsqueda de su nombre e interrogó a los hombres y mujeres de las diagonales sobre la ausencia del cielo. Una joven de ojos celestes le sugirió preguntar al dinosaurio con la bandera del arcoíris; el dinosaurio le dijo que me preguntara a mí.

El visitante me encontró al final de la diagonal, mientras calibraba mi telescopio.

—¿Qué estás observando, si no hay nada en el cielo?

—No lo encontrarás allá arriba porque el cielo está acá —le contesté, le acerqué la mira a sus ojos y apunté el telescopio a un agujero que se había abierto en el suelo.

Ahí vio planillas de cálculo, teclados gastados, carpetas repletas de papeles, impresoras atascadas, clientes molestos, computadoras tildadas y todo aquello de lo que escapábamos.

—¿Qué es eso?

—De dónde venís.

—No se ve muy bien.

—Por eso estamos acá.

—¿Estamos muertos?

—Más vivos que nunca.

—¿Puedo volver ahí?

—Cuando quieras. Todos lo hacemos a veces.

—¿Y cuando me vaya, podré volver a acá?

—Siempre.